

Reflexión sobre los jóvenes universitarios andaluces

Gema González Ferrera (Universidad de Cádiz)

Históricamente, el paso de la infancia a la condición de adulto se ha hecho de forma gradual y casi imperceptible, ya que los niños acompañaban a los adultos o se responsabilizaban directamente de múltiples tareas propias de la economía de subsistencia ligada al modo de vida agrario: cuidar animales, sembrar, vinar, cosechar... variadas tareas que hoy se engloban dentro del concepto trabajo y en las que participaban todos los miembros útiles de la familia, sin que ello significara que se tuviera conciencia de estar realizando una actividad económica. Efectivamente, el concepto de economía o el de trabajo, tal como hoy los conocemos, no han existido nunca, en ninguna cultura, hasta que se inicia el proceso de industrialización¹.

El nuevo orden social que irrumpe con el surgimiento del capitalismo industrial creó, a través de la denominada ética del trabajo, la concepción que tenemos en la actualidad sobre el trabajo, si bien ésta, dista mucho de ser categórica e indiscutible, apareciendo como extremadamente plural y compleja, como corresponde a cualquier construcción social.

"Lo que nosotros llamamos "trabajo" es una invención de la modernidad. La forma en que lo conocemos, lo practicamos y lo situamos en el centro de la vida individual y social fue inventada y luego generalizada con el industrialismo" (Gorz, 1995: 25)². La ética del trabajo es, pues, un invento básicamente europeo. En Norteamérica siempre ha dominado una visión más instrumental del trabajo: como medio para obtener un fin y no como un fin en sí mismo.

No sólo las sociedades anteriores no estaban estructuradas alrededor del trabajo sino que "La antropología ofrece hoy abundantes materiales que muestran que en estas sociedades la noción de trabajo no tiene ni el soporte conceptual ni la incidencia social que hoy tiene en la nuestra. En primer lugar, se observa que su lenguaje carece de un término que pueda identificarse con la noción actual de trabajo: o bien cuentan con palabras con significado más restringido (que designan actividades concretas) o mucho más amplio (que pueden englobar hasta la actitud pensante o meditabunda del "chaman"). No existe en ellas una distinción clara entre actividades que se suponen productivas y el resto. Como tampoco atribuyen una relación precisa entre las actividades individuales que conllevan aprovisionamiento o esfuerzo y sus contrapartidas utilitarias o retributivas, habida cuenta que entre ambos extremos se interponen relaciones de redistribución y reciprocidad ajenos a dichas actividades" (Naredo, 2002: 1)³.

Así pues, con la industrialización y el capitalismo nace y se consolida paulatinamente un modelo de integración social basado en el empleo asalariado, que va a determinar un cambio tan radical en las formas de vida, costumbres, crecimiento vegetativo, institución familiar... que ha recibido el apelativo prácticamente unánime de revolución

industrial, a pesar de que no fue un cambio revolucionario puesto que fue un cambio gradual. Sin embargo, su incidencia ha sido tan radical y metamórfica que no hay duda alguna respecto a su carácter revolucionario.

Según Tezanos: "...la nueva sociedad industrial, al querer sentar las bases de su funcionamiento en un nuevo tipo de contrato social -y laboral-, reemplazará no sólo el viejo sistema de rígidas coacciones laborales heredadas del esclavismo y del feudalismo, por un nuevo esquema de contrato laboral basado en la ecuación trabajo-salario, sino que también realizará un considerable esfuerzo ideológico por difundir las nuevas mentalidades "laboralistas" capaces de legitimar y hacer funcionar el nuevo sistema social" (Tezanos en Garmendia y otros, 1987: 423).

El concepto juventud, a pesar de lo que pueda sorprender semejante afirmación, surge también a partir de la industrialización: "La juventud no ha existido siempre, es una invención social, históricamente situada y cuyas condiciones de definición evolucionan con la sociedad misma... en las sociedades primitivas no se distingue más que entre la infancia y la edad adulta; la adolescencia no es más que la brevísima transición, organizada en ritos de transición, entre estos dos estados" (Galland, 1987: 7)⁴.

Como se adelantó más arriba, la transición de la infancia a la etapa adulta se realiza de forma escalonada: "En la sociedad tradicional la infancia se reduce al mínimo y el niño es mezclado enseguida con los adultos, con quienes comparte trabajo y juegos. A los siete años más o menos el niño se convierte en un hombre joven sin pasar por las etapas de la juventud. Su escuela será la coexistencia con los adultos, de quienes aprende las cosas que tiene que saber ayudándoles a hacerlas" (Sanchís, 1991: 185)⁵.

Se puede datar el surgimiento del concepto juventud a raíz de la aparición de otras dos invenciones sociales producto de la modernización social acaecida en las sociedades occidentales a lo largo del siglo XX: la aparición de la enseñanza obligatoria y la prohibición de trabajar a los menores de determinada edad. Ello institucionaliza la infancia (Fernández Enguita, 1990) y conduce a la aparición social de una nueva etapa en la que físicamente se es un adulto pero en la que aún no se puede vivir como un adulto (porque no se ha alcanzado la emancipación): la juventud, una etapa de transición entre el ciclo de formación y el de incorporación al mercado laboral. El ingreso en la edad adulta es sinónimo de independencia económica, lo que únicamente se consigue en nuestras sociedades a través del acceso al mercado laboral.

El trabajo en su acepción empleo se ha convertido en el eje de la vida social, de ahí la importancia de esclarecer el hecho de que tal situación es absolutamente contingente y no un hecho natural, como parece desprenderse de casi todos los discursos sociales.

"... Hemos abogado por un concepto de juventud que considera jóvenes a aquellos individuos que, a pesar de haber superado fisiológica y psicológicamente la edad adolescente, o sea que reuniendo las condiciones necesarias para desempeñar las funciones de los adultos en la sociedad de la cual forman parte, no disponen de las condiciones suficientes para organizar su propio grupo doméstico y para independizarse de su familia de origen. Por tanto, habiendo superado la etapa adolescente, no son reconocidos socialmente como adultos, ni pueden desarrollar el modo de vida que les correspondería (por edad, preparación y expreso deseo), debido a un cúmulo (estructural) de limitaciones y obstáculos característicos del sistema socioeconómico dominante y vigente en las sociedades del capitalismo avanzado que les ha tocado vivir" (Agulló Tomás, 1998: 154).

El concepto juventud, a nivel estadístico, tiende a ser discutible y se transforma conforme las necesidades formativas para la inserción laboral se hacen crecientes y la esperanza de vida aumenta (lo que supone también la aparición del concepto tercera edad).

A partir de la crisis de los setenta y la aparición del pensamiento único, se produce progresivamente un cambio sustancial en el acceso al mercado de trabajo que va a influir decisivamente sobre la consideración de alargar el

tramo de edad considerado como juventud.

En la etapa denominada keynesiano-fordista (por la preeminencia del modelo intervencionista en lo político y del modelo fordista en lo productivo), que va desde el final de la II Guerra Mundial hasta la crisis de los 70, el acceso era rápido y seguro (existía casi pleno empleo) y las necesidades formativas no eran excesivas (en relación a la etapa actual). Sin embargo, el modelo que se configura a partir de la crisis, en la que el desempleo se convierte en un factor estructural, es el de un acceso laboral lento, vulnerable y reversible y con unas exigencias formativas cada vez mayores. Esta inseguridad y precariedad laborales significan un aumento en la edad de abandono del hogar familiar⁶.

Se ha tomado, pues, la más reciente tendencia en relación al tramo de edad considerado como juventud: el de los años 15 a 29.

Sin embargo, no hay que olvidar que, como corresponde a la etapa histórica actual, la juventud es una realidad compleja y heterógena, integrada por grupos de status socioeconómicos diversos y con itinerarios personales configurados en una etapa en la que las identidades son menos compactas y sólidas de lo que se ha conocido nunca⁷.

1. Polanyi advirtió en 1944, en *La gran transformación*, que en las sociedades pre-modernas no existía la economía, ya que ésta se encontraba inmersa en las relaciones sociales, sin posibilidad de deslinde. Por supuesto, los grupos humanos tenían que resolver su supervivencia, pero nunca, hasta el sistema capitalista, se trataba de una actividad económica con reglas propiamente económicas de cálculo y beneficio (teóricamente naturales y universales como se definen en la ciencia económica clásica).

2. Gorz, A.: *Metamorfosis del trabajo*, Sistema, Madrid, 1995.

3. Naredo, J. M.: "Configuración y crisis del mito del trabajo" en *Scripta Nova*, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales, Vol. VI, núm. 119 (2), 1 de agosto de 2002.

4. Citado en "Los jóvenes y su transición al trabajo" en Prieto y otros, 1994: 106-107.

5. Citado asimismo en Prieto y otros, 1994: 107.

6. "La crisis del modelo de acumulación del sistema capitalista... está creando dificultades, cada vez mayores, para ubicar de forma consolidada y definitiva en la estructura social a los jóvenes que así lo desean y necesitan. De esta forma, la linealidad de la relación juventud-transición-trabajo-emancipación-adulterez queda rota, bloqueada, precarizada, y, por ende, inservible" (Agulló Tomás, op.cit.: 154).

7. Autores como Jarauta diagnostican la aparición de identidades híbridas (construidas con elementos diversos) y de identidades nómadas (que transitan por trayectorias diferenciadas, es decir, sin ofrecer la solidez que anteriormente se exigía a cualquier miembro de un grupo humano para no ser considerado un inmaduro o un superficial). La pre-socialización laboral que reciben los jóvenes actuales les prepara no sólo para asumir múltiples cambios de empresa o institución sino incluso de profesión. En este contexto, se enaltece la flexibilidad y la maleabilidad, cualidades en cierta medida incompatibles con conceptos sólidos y firmes.